

La Lucha de Clases

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE AGRUPACIONES SOCIALISTAS DE VIZCAYA

Y DEFENSOR DE LA CLASE TRABAJADORA



AÑO XII

EXTRAORDINARIO

APARECE LOS SÁBADOS

Bilbao, 1.º de Mayo de 1905

PRECIO: 10 CTS. NÚM. 545

CONSTANCIA

HACE veinte años no existían la casi totalidad de las organizaciones obreras que en España toman parte en la manifestación de 1.º de mayo.

¿Cómo se ha creado? ¿Cómo se ha podido conseguir que formen hoy el Partido Socialista Obrero 140 colectividades y la Unión General de Trabajadores 400 secciones? ¿Cómo se ha logrado dar á ambos organismos solidez y arraigo? Teniendo lo que se necesita para vencer cuando se defiende una causa justa: constancia.

Para los que poseen esta cualidad no hay obstáculos invencibles ni dificultades insuperables. La constancia, actuando sobre unos y otras arrulla á los primeros y desvanece las segundas.

Si eso ha podido hacer la constancia cuando la incredulidad acerca de los beneficios de la asociación dominaba á los obreros y cuando casi todos los trabajadores repudiaban la acción política, ¿qué no podía realizar ahora que los proletarios españoles reconocen la bondad de la una y de la otra? ¿Qué fuerza no dará dentro de 10 años esa cualidad hermosa á la organización socialista? ¿A qué grado de potencia no elevará á ambas en un período de 15 ó 20 años?

Conforta el ánimo sólo el pensarlo.

Raíces hondas tiene el privilegio capitalista; tupida organización le favorece; innúmeros fusiles y cañones le defienden; ¿pero qué fuerza tendrá todo eso ante el inmenso y consciente ejército obrero que la constancia llegará á formar? Ninguna. A un empuje vendrá abajo todo el régimen patronal, dejando su lugar á una sociedad igualitaria.

Constancia, constancia y constancia es lo que han de tener, pues, los obreros, que la posesión de esa cualidad les hará vencer á su hoy colosal enemigo.

Pablo Iglesias.

Por los no nacidos

No puede trabajar con verdadera eficacia en pro de la emancipación del trabajo si no aquel que se haga á la idea de que no ha de ser él, por sí mismo, la transformación social que el Socialismo busca y provoca.

El cultivo del árbol, se ha dicho, es un cultivo heroico, porque no ha de gozar de su sombra ni de su fruto el mismo que lo planta.

Nos hablan las confesiones religiosas de la comunión de los vivos con los muertos, y es preciso reconocer que la invención del purgatorio responde á una profundísima necesidad del espíritu humano. Es una manera de poner á los vivos en condiciones de que puedan rendir servicios y hacer favores á los muertos. Es una invención de tan hondas raíces que arranca del culto á los muertos, culto con que se iniciaron las más de las religiones.

Pero hay algo no por más sutil, menos necesario, y despertar el culto á los no nacidos y hacernos mirar más adelante de nuestros nietos. Hay que despertar en los corazones el sentimiento de la comunión con los venideros.

Hay quien dice: «¿Para qué trabajar en esa reforma, si no he de verla cumplida?» Es una de las más profundas fórmulas de la insolidaridad egoísta.

Arranca el Socialismo, sin duda, de la necesidad de resolver problemas individuales, y cada uno de los que van á él van á buscar su propia emancipación económica. Pero pronto ganada por el espíritu colectivo sustituye á su propio problema el problema de todos, y llega hasta á perder su vida, con lo cual claro está que no logra resolver el propio.

Desconfiad siempre de los ilusos que quieren la transformación social á corto plazo y se imaginan que la revolución será el año que viene. De ellos nacen los violentos y los desengaños. El que hoy pone una bomba y ve que luego de haber ella estallado siguen las cosas como estaban—al parecer, por lo menos—ese mismo, mañana será un desertor por desengaño.

Una sola cosa puede prometerse al que entra de buena fe y con entusiasmo á colaborar en la lucha por la emancipación social, y eso que puede prometersele es que su vida tendrá un objeto y que por tenerlo será una vida rica y noble y sana, y que no conocerá el abatimiento de que los se dejan vivir sin ver más allá de lo presente.

Para vencer lo primero, más bien lo único, es pelear bien y con constancia, sin preocuparse de la derrota. El triunfo viene cuando menos en él se piensa. Es más; el que bien pelea está triunfando siempre, hasta cuando parece ser derrotado.

Acaso sea el Partido Socialista Obrero Español el que más triunfos y triunfos más positivos ha conseguido en España, y eso que apenas está iniciando su labor.

Pensemos en los de mañana y procuremos con nuestros sufragios que al entrar en este mundo, no entren en un purgatorio.

Miguel de Unamuno.

*
* *

MIENTRAS subsista la guerra es una blasfemia atribuirnos el calificativo de civilizados, porque no cabe mayor barbarie que la muerte de los hombres á granel, sin responsabilidades y utilizando los descubrimientos de la ciencia.

El hecho de la guerra indica que la llamada soberanía del pueblo es nominal, puesto que de ser efectiva no se dejarían matar, por cuestiones que no les interesan, los que precisamente constituyen el pueblo.

Las guerras cesarán cuando el pueblo, sea realmente soberano; esto es, cuando la soberanía política sea consustancial de la económica, mediante la nacionalización de la riqueza, que, á su vez, traerá como consecuencia la pacificación de intereses.

R. Oyuelos.

DEVOTOS

Al templo de Dios asisten
el patrono desalmado
que medra con lo que usurpa
á los hijos del trabajo;
el político indecente
que al pueblo le sale caro;
el tendero presidiario
que roba á sus parroquianos,
y el prestamista que cobra
intereses usurarios.
Pero si á la iglesia asisten,
¿eso que tiene de extraño?
Son devotos que á la iglesia
van con el objeto santo
de calcular lo que roban
por las cuentas del rosario.

Alvaro Ortiz.

LOS INTELLECTUALES Y EL PROBLEMA SOCIAL

EN TRE los elementos sociales cuyo influjo en la mejora de las clases trabajadoras no puede desconocerse hay que contar el que en todo momento se ha anticipado por su misma significación, á la acción de los demás; el que sino representa el momento de sentimiento, ejerce la función del conocimiento reflexivo, el que no solo pone los problemas si que también procura las soluciones, el elemento intelectual en una palabra. No necesitó éste en verdad de que los obreros le buscaran y solicitaran su apoyo; él tomó la iniciativa y convencido de que sin instrucción es imposible que se forme la conciencia y que sin esta falta la voluntad firme y decidida, el carácter, que funda y constituye con la solidez necesaria para que el edificio dure y prevalezca, se constituyó en maestro, abrió sus establecimientos de enseñanza á los trabajadores de la materia, fundó universidades populares, y no contento con esto, llevó á sus profesores á los mismos centros obreros, por medio de la Extensión universitaria y constituyó colonias (*settlements*), en donde personas pertenecientes á las clases pudientes se mezclaron con los proletarios para conocer mejor lacerias, para darse clara cuenta de las deficiencias de su educación y procurar suplirlas. El Tonibee-Hall de Londres establecido en el barrio más miserable de la gran metrópoli, y en cuyas salas y en cuyas cátedras se mezclan el pobre y el rico, los hijos de los patronos y los hijos de los obreros, no sólo con objeto de que los segundos adquieran las enseñanzas valiosas que los primeros pueden darles, sino también en las recepciones semanales con el fin de lograr aquellos hábitos de urbanidad propios de las clases mejor educadas y participen asimismo de los gustos refinados y de las diversiones cultas de los mejor acomodados. Las visitas á los Museos más renombrados de Inglaterra y del extranjero han servido de modelo á las análogas instituciones que á imitación del filántropo profesor de Oxford, se han establecido en otros países.

Necesitaríamos muchísimo espacio para reseñar al pormenor cuanto el elemento intelectual ha hecho en pro de la mejora del trabajador; pero aun cuando hayamos de limitarnos entre otras razones porque la mayor parte de las instituciones fundadas por la gente docta son de sobra conocidas, hemos de hablar algo de una, que por ser relativamente nueva, acaso no sea tan notoria á nuestros lectores, y cuya importancia no puede ocultarse á quien se dé cuenta de sus altos fines. Nos referimos á la *Asociación Internacional para la protección legal de los trabajadores*.

En la Asamblea reunida en Basilea para constituir la durante los días 27 y 28 de septiembre de 1901 y á la cual concurrieron delegados de varios gobiernos europeos, funcionarios de los oficios del trabajo de bastantes naciones, profesores de Universidades y escritores de fama, fueron aprobados los Estatutos de la Asociación, según los que son sus propósitos: servir de lazo de unión entre los que en los diferentes países consideran como indispensable la legislación protectora del obrero; organizar una oficina internacional del trabajo cuya misión será la publicación en francés, alemán é inglés de un resumen periódico de la legislación defensora de los trabajadores en el mundo entero: facilitar su estudio y suministrar á los miembros de la institución noticias acerca de su aplicación: favorecer, por la publicación de memorias ó en cualquier otra forma el estudio de la cuestión de la concordancia de las distintas medidas adoptadas por los Estados para proteger á los obreros; así como por medio de una estadística internacional; é iniciar y fomentar la reunión de Congresos.

Hasta ahora esta institución que tantos beneficios reporta ya, que seguramente habrán de aumentar en lo sucesivo, apenas ha repercutido en España, en donde cuenta sólo con reducido número de corresponsales; pero tenemos entendido que muy pronto se subsanará esta falta gracias á la iniciativa del ilustre hombre de Estado que ha fomentado aquí la política protectora del obrero; el señor Dato proyecta la formación de una Sección nacional y es de esperar que esta feliz idea ha de encontrar entusiasta acogida en cuantos miran con interés el mejoramiento de la condición del trabajador.

Adolfo A. Buyla.

Madrid, abril 1905.

No hubiera podido ser soldado; de serlo, habría concluido desertando, ó suicidándome.—
RENAN.

SER SOCIALISTA

ME pedís os defina qué es lo que debe entenderse por estas palabras: *Ser socialista*.

Ningún individuo tiene el derecho de hablar en nombre del Socialismo. Pero yo puedo decir lo que por tales palabras entiendo, y otros muchos entienden conmigo. Con toda franqueza y sencillez te lo voy, pues, á decir.

Ser socialista es, en primer término, reconocer á todo ser humano el propio derecho que uno mismo á procurar su felicidad y conquistar cuantos placeres materiales y espirituales pueda ofrecer la existencia. Es, en virtud de este principio, el de la democracia, aceptar como regla una perfecta equivalencia entre el interés personal y el interés del prójimo; es, por tanto, sufrir la injusticia y la miseria causadas por las desigualdades sociales, aún cuando no hieran más que á los otros: porque «los otros es nosotros». Es querer que la sociedad,

que constituye una coalición por la vida, ponga al alcance de todos sus miembros medios iguales de desarrollarse íntegramente y desigualmente según sus aficiones y aptitudes.

Ser socialista es ansiar la abolición de todo privilegio; es luchar por que, en lugar de la antigua y odiosa división de las sociedades en ricos y pobres, protegidos y protectores, trabajadores y holgazanes, exista una sola clase en la que todas las unidades componentes, á excepción de los ancianos, enfermos y niños, tengan la obligación y la facultad de trabajar, sin poder nunca hacer trabajar á nadie en su lugar y en provecho suyo.

Ser socialista no es en modo alguno preparar el triunfo de un partido, la supremacía de tal ó cual porción del pueblo. Es señalarse la tarea de crear un régimen en el que todas las actividades coordinadas cooperen al buen funcionamiento del conjunto; en el que lo mismo entre los naturales de un país como entre las gentes de diferentes naciones la conciliación substituya á la fuerza y á la astucia, la reciprocidad de servicios y de simpatías al antagonismo de las voluntades, la solidaridad de intereses á la desenfadada lucha de los egoísmos.

Ser socialista es comprender que para alcanzar este fin precisa asociar á los hombres y socializar las cosas; que, si verdaderamente la propiedad es para todo individuo condición y garantía de independencia, el medio único de hacer á todos propietarios es asegurar á cada uno su parte de riqueza individual en la riqueza colectiva. Es admitir que cada miembro de la sociedad debe ser en el porvenir considerado como accionista de una vasta asociación, donde los bienes que aporte no serán otros que su buena voluntad, su capacidad, su esfuerzo, donde los rendimientos serán equitativamente repartidos entre todos aquellos que la forman.

Ser socialista es pedir que la libertad se haga cada vez más real y efectiva por una organización que, dando á los niños el mismo punto de partida, les facilite el acceso á las diversas profesiones y funciones; que tanto en la vida privada como pública se aniquile la dominación del poseedor sobre el que nada tiene; que acabe el poder injusto de los hombres sobre los hombres, y se encaminen hacia el estado ideal donde cada cual hará lo que deba sin violencia, sin más dueños que su conciencia y su razón.

Ser socialista es creer que esta obra de transformación social puede ser realizada sobre la tierra; que está de acuerdo con las aspiraciones de un corazón generoso y las exigencias de una inteligencia sana, al mismo tiempo que con las conclusiones de la ciencia y las tendencias de la evolución histórica. Pero no es esto darse á una adhesión interior, á una esperanza silenciosa, á una creencia inerte y muerta, sino traducirla en palabras y en actos, trabajar sin miedo y sin desplantes, sin desfallecer jamás, por la transformación paralela de los espíritus y las instituciones, de la moral y el arte, de la familia y el taller.

Es, en fin, adaptar el mundo á las necesidades que dimanar de las condiciones nuevas de la producción y de los principios igualitarios de la democracia, de tal modo que en una sociedad, no perfecta y definitiva, pero sí en marcha siempre hacia lo mejor, libertad y solidaridad, riqueza general é igualdad de su disfrute, sabiduría y moral, justicia y felicidad vayan sin cesar engrandeciéndose.

Jorge Renard.

El hombre posee la propiedad de la materia orgánica (la de producir lo que consume), en su más alto grado de desarrollo. Sin ningún trabajo de su cerebro, ni de sus brazos, ni de sus músculos, ni de sus piernas, con solo el trabajo de sus intestinos y de sus riñones reproduce casi el valor de lo que consume. Este trabajo intestinal es el único que realizan los animales inferiores y los capitalistas.—LAFARGUE.

POLEN

En balde solloza la misera anciana
y en vano con ruegos humildes pretende
que le fien más pan en el puesto
¡las quejas son tantas que ya no conmueven!

Oid: lo que dice

la anciana estremece:

—Pasan hambre, mis hijos, mis nietos...

¡Señor, que se mueren!...

A la puerta, la joven aguarda:

sus ojos son bellos y son elocuentes

¡no quisiera saber lo que piden!...

¡no quisiera saber lo que ofrecen!...

Vicente Medina.

HAY QUE ASOCIARSE

Si hay que asociarse; hay que laborar constantemente para llevar á la organización el mayor número de proletarios, como único medio de pelear, en lo posible, dentro del régimen social presente, los males que aquejan á la clase trabajadora y prepararla para que pueda cumplir su misión histórica, terminando con el salariado, última forma de la explotación humana.

Trabajar por difundir el principio de sociabilidad es siempre justo y bueno, mas en España no solamente es bueno y justo, sino que es, además, eminentemente práctico.

La mayor parte de los males que afligen á la nación española, aquellos que tienen más hondas raíces, débense, sin duda alguna, á la falta de espíritu de asociación, á la insolidaridad que parece ser la característica de la raza.

Todos los pueblos decadentes adolecen del mismo defecto. El vínculo social se relaja; la parte lucha contra el todo; el egoísmo individual se sobrepone al interés colectivo, y así van descendiendo continuamente hasta degradarse de tal forma, que su desaparición se hace fatal é indispensable, cumpliéndose aquí también la eterna ley de la evolución.

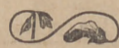
Los más elementales principios de sociología nos enseñan cómo pueblos y razas enteras han desaparecido, abismándose para siempre en la eterna noche del olvido, por no haber sabido comprender á tiempo leyes tan fundamentales para la vida y desenvolvimiento de las humanas sociedades; y cómo las naciones que han prevaecido y marchan hoy á la cabeza de la civilización son aquellas en que el espíritu de asociación se halla más desarrollado y en las que el individuo pone siempre por cima de sus propios intereses, los del grupo social á que pertenece.

No habrá, pues, en España vida próspera mientras el espíritu de asociación no se extienda por ciudades, villas y aldeas, no sólo entre el elemento obrero, sino también entre los pequeños terratenientes y aún entre los mismos grandes capitalistas. Agonizará la agricultura; nuestra industria producirá caro y malo; la riqueza ganadera será cada vez más escasa; los instrumentos del trabajo serán rudimentarios; nuestra intelectualidad casi nula; en una palabra, nuestra degeneración psico-fisiológica se impondrá como justo castigo á tanta desidia, á tanta indolencia y abandono tanto.

Cumplamos nosotros, socialistas, como buenos y organizando las huestes obreras seamos el acicate, el espolazo que obligue á marchar con más rapidez por el camino del progreso á nuestra mediocre clase burguesa.

Eduardo Varela.

Gijón, abril 1905.



La ciencia y la verdad

PERDIDA la fe en las creencias religiosas, los hombres modernos ponen toda su confianza en la ciencia, es decir, en el esfuerzo de la inteligencia humana para la averiguación de la verdad. Sean cuales fueren los límites de esa inteligencia, cierto es que no tenemos otro medio para averiguar las cosas, y que con él se han llegado á penetrar muchos secretos de la naturaleza y del espíritu humano.

Pero, sin disminuir en nada aquella confianza, conviene que nos prevengamos contra la idolatría de la ciencia, ó, por mejor decir, conviene que aprendamos á distinguir lo que es ciencia de lo que no lo es. No todo lo que se llama así, merece realmente ese nombre. Entre los sabios, los profesionales y especialistas, hay, como en toda clase de hombres, espíritus serios y ligeros, modestos y vanidosos, candorosos y desconfiados, dominados por la razón ó por «la loca de la casa»; y de esto procede que, muy á menudo, los científicos olviden una de las condiciones de la ciencia, que es, no afirmar nada de lo cual no estemos completamente ciertos, con aquel género de certeza necesaria para asegurar las cosas. De ahí nacen esos sistemas absolutos, que todo lo quieren probar dogmáticamente; esas hipótesis convertidas en verdades evidentes á poco que se avanza en el razonamiento; esas teorías ó construcciones ideales de un orden de la realidad, que pasan de su condición genuina de posibilidades, á la de hechos comprobados, en fuerza, tan sólo, de una autosugestión que obscurece las vistas más perspicaces...

Importa, pues, antes de pronunciarse acerca del valor de un sistema, de una teoría, ó simplemente, del saber de un autor determinado, puntualizar qué cosas afirman como ciertas (para ellos) y cuales como probables ó posibles. Si en todo libro, tanto de investigación como de exposición de ideas ajenas y particularmente en los anuales, resúmenes, etc., —dedicados á la enseñanza y al pueblo,—se tuviese la sinceridad de dar las cosas ciertas como *ciertas*, y las probables tan sólo como *probables*, se habría evitado una fuente copiosa de errores y de escepticismo. El mayor favor que puede hacerse á los hombres que desean saber, es decirles con franqueza lo que la ciencia tiene ya averiguado y aquello en que duda. Hacerles creer que todo está ya conocido y que los estudiosos no vacilan respecto de muchas cosas, es engañarlos y dar ocasión á que, cuando por sí mismos se desengañen, desconfíen de la ciencia misma, haciéndole pagar las culpas de quienes, con nombre tan augusto, disfrazan sus fantasías.

Rafael Altamira.

LA SOCIEDAD DEL PORVENIR

Ahí ¡Cómo veo claramente destacarse á la ciudad de la justicia y de la dicha! Todos los habitantes trabajan, personal, obligatoria, libremente. La nación ya no es más que una sociedad de cooperación inmensa; los instrumentos de trabajo son de la propiedad de todos: los productos están centralizados en vastos depósitos generales. ¿Se ha efectuado tanto trabajo útil? Pues se tiene derecho á otro tanto de consumo social. La hora de trabajo es la común medida; un objeto no vale más que lo que importan las horas que costó fabricarle; no hay más que un cambio entre todos los productos: el que se verificará por medio de los bonos del trabajo.

¡No más especulación, no más robos, no más tráficos abominables, no más esos crímenes que la codicia inventa: las jóvenes casadas por causa de su dote; los padres ancianos es-

trangulados por causa de su herencia; los transeuntes asesinados por causa de su bolsa!...

¡No más clases hostiles, patronos y obreros, proletarios y burgueses, y por lo tanto, no más leyes restrictivas, tribunales y fuerza armada, protegiendo inicuo acaparamiento de los unos contra el hambre rabiosa de los otros!

¡No más ociosos de ningún género, y por lo mismo, no más propietarios sostenidos por el alquiler, ni rentistas sostenidos por el azar; no más lujo, en fin, ni miseria!... ¡Ah! ¿No es la equidad ideal, la suprema sabiduría, que no haya privilegiados ni miserables, que cada uno consiga por su propio esfuerzo la felicidad, el término medio de la felicidad humana?

Emilio Zola.

Hacia el ideal

CON los primeros calores de renovación, he aquí otra vez el Primero de Mayo, símbolo de la primavera social á que aspira el alma del proletariado.

Es en la Naturaleza un rejuvenecimiento universal. Como en los botones de los árboles se ostenta la savia, así la fe hincha el corazón de los humildes y los laboriosos que tanta necesidad tienen de creer en la verdad y la justicia de su próxima liberación para poseer la energía y la fuerza de asegurar el triunfo de ella, y de apresurar su hora.

Es digna de respeto esta fe popular que emana de un profundo instinto de equidad, que procede también de una levadura sagrada contra la miseria inmerecida, y que se ilumina progresivamente á las puras luces de la ciencia y la razón.

¿Pensáis que el contar con nosotros la esperanza y la confianza de las masas no es el mejor modo de llegar á su consciencia?

Ciertamente, un partido como el nuestro cuyo campo de estudio y de acción es internacional, y al que nada de lo que atañe á la evolución social puede permanecer extraño, debe nutrirse ante todo de documentación y de organización y las utopías deben aparecerle como burbujas de jabón que muy pronto, al subir al cielo, se rompen en el aire. Pero no hay que confundir el ideal con la utopía que no pasa de ser un reflejo etéreo y fantástico de aquél. ¿Y qué es nuestro ideal sino la clarividencia de los fines últimos del objetivo final hacia el que caminamos? Sin duda, somos, ante todo, positivistas que debemos preocuparnos prácticamente de vencer, según surgen, las dificultades de cada etapa, pero es preciso que, más que nunca, el ideal ilumine nuestra ruta y resplandezca en nuestro horizonte. Pues el ideal Socialista no es una cuestión de metafísica ni de estadística. Evidentemente, hay para él las cosas, los hechos y las cifras; pero sigue siendo todavía, y aún por encima de todo, para la gran multitud de los trabajadores, una cuestión de sentimiento: y no hay por qué avergonzarse de ello.

Esa multitud ha venido á nosotros porque, en la rectitud y la lógica de su juicio, ha comprendido que la solidaridad debe ser de más en más la gran ley de las sociedades futuras. Fuera de lamentar el hombre genialmente dotado á quien faltase corazón. De igual modo, un movimiento como el nuestro, no habría de adoptarse armoniosamente á la naturaleza humana si no se apoyase más que sobre la estadística ó la filosofía de los fenómenos económicos, sin tener por complemento el sentimiento de la solidaridad universal como base moral.

No es hoy nuestra Pascua, como han dicho algunos; es más bien nuestra Natividad una Natividad bañada de todas las claras de las albas primaverales, punto de partida inicial de todas las demás reivindicaciones obreras cuya victoria asegurará el advenimiento de una Humanidad mejor.

Julio Leken.

Á UN OBRERO

CELEBRA la fiesta del trabajo, que es la fiesta del amor. Considérala como una aurora, á cuya luz habrás de estirpar una cizaña: el odio.

No hay clases, hay instintos. El hombre malo es malo siendo rico lo mismo que siendo pobre.

Hay una plaga á combatir, fuente de todas las humanas miserias: el egoísmo. Y hay que estimular para ello la vanidad del bien, la única religión, el mayor progreso.

Si alguien te invita á la codicia, despréciale; si alguien te predica el rencor, compadécete; si alguien te explota, piensa que la hidropesía del caudal castiga en definitiva á quien la padece.

Ser un miserable ó ser miserable, no es lo mismo. La miseria dorada no puede ser digna de envidia. Comprendiendo que es delito el robo, ¿qué efecto te producirá el ladrón?... Comprendiendo que la explotación es ilícita, ¿qué te inspirará el que abusa?... Ten la satisfacción de saber que tú, ni robarías ni usurparías.

Va más lejos el pensamiento que la acción. Fía en las ideas más que en los golpes. Se vence demostrando la razón, mejor que probando la fuerza. Se sabe ya que eres fuerte. Prueba que eres juicioso. Has conquistado la simpatía, y por consiguiente el derecho al respeto. No eres ya un paria, sino un hombre. Lo demás es cuestión de tiempo, no de sacudidas. En toda convulsión se pierde energía. Emprendiendo una carrera loca, el conjunto, más ignorante que ruin, se pasmaría, no te entendería. Haz que pueda entenderte. La Humanidad aprende con mucha lentitud. Pero aprende. ¿Cómo te explicarías la evolución?

Tienes dos puntales soberbios: la razón y la robustez. ¿Qué persigues? La justicia. Ella será hecha, temprano ó tarde. Cuanto más tarde más sólida. No cejes: pero no desesperes. La intelectualidad, que elabora, se acerca al brazo, que labora. Juntos, anularéis la sordidez. La pluma y el arado harán de la caja de valores lo que debe ser: un mueble, no un ídolo.

¡Salud!

Sebastián Gomila.

EL hombre social de hoy, adulterado por la morbosa adaptación al capital, viene á ser una mezcla extraña de civilización y barbarismo.

... Arriba, entronizados y venerados el vicio y la holganza; abajo, luchando con el hambre y el dolor los laboriosos y los útiles; es decir, las cabezas que, según diría Spencer, han adaptado mejor, aguijados por la dura necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas á las externas. De donde la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana...

¿El remedio? La tierra para todos, las energías naturales para todos, el talento para todos: he ahí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir. Urge, pues, según el doctor Lluria declara, reintegrar el hombre en las leyes de la evolución, devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad...

Doctor Cajal.

Se enseña al niño cuando nació Carlo Magno, cuando murió Napoleón ú otros carniceros de la Humanidad, y no se le dice quién ha inventado el arado, quién ha sido el primero que ha fabricado el pan.—ENRIQUE FERRI.



Tan brutal es el trabajo de la sirga, que ni la fuerza de la costumbre basta á nadie, por duro de corazón ó de pecho para dejarle de impresionar dolorosamente. Sin sentir profunda pena, sin que la congoja oprima el pecho del expectador, es imposible presenciar el desfile de esas pobres mujeres encorvadas, tirando como bestias de la gabarra cargada. De cuerpos escuálidos, de caras arrugadas, pálidas, demacradas, envejecidas prematuramente, las *cargueras*, más que seres vivos, parecen símbolos de la miseria.

Ir por el Campo de Volantín y hallarse con una de esas recuas humanas, es caer en la tentación de maldecir á la sociedad que tales ignominias consiente. Porque al reflexionar las penalidades de las obreras de la *sirga* para ganar un escaso pedazo de pan, se piensa también en los otros, en los hartos, en los holgazanes, áfíos de goces, sin más límite á sus deseos que su propia voluntad, y espontáneamente brota la indignación y la ira en cuantos dentro de sí llevan algo de cariño á sus semejantes. Y quieras ó no, el ánimo se subleva viendo á la orilla de la ría harapiento y anémico el trabajo, y á corta distancia la parasitaria gandulería paseando en automóvil ó en lujoso coche tirado por briosos caballos, y un poco más allá los suntuosos palacios, morada de los ociosos, en los cuales, sin darse uno cuenta penetra nuestra imaginación olvidándose de pedir permiso al portero y de tomarse la molestia de tirar del cordón ó apretar el botón eléctrico que hagan sonar la campanilla ó el timbre para que abran la puerta los de dentro, y se cuele por todos los lados y todo lo registra y lo examina todo. É igual sorprende á la *mademoiselle* en el gabinete haciéndose la *toilette* ó martirizando las teclas del piano, como se traslada al comedor á presenciar el cotidiano banquete de la moffetuda familia burguesa; ó vase á contemplar el voluminoso corpachón de la *señora* de la casa, que descansa de las fatigas de no hacer nada, en cómodo sillón



ó en la *chaise longue*; ó se queda en los pasillos ó en la escalera haciéndose cargo del presuroso ir y venir de los criados disputándose la mayor diligencia en prestar sus servicios á los amos.

Y al salir del domicilio de la molicie y la inutilidad, nos hace acordar de aquellas infelices que pasaron á nuestro lado con la cuerda cruzada al cuerpo para tirar más fuertemente, y nos damos cuenta de que las vimos con el pelo enmarañado y sucia la cara y las manos y hasta las pantorrillas, mal cubiertas por los girones del pingo con pretensiones de falda, que llevan pendiente de la cintura.

¡Cómo han de ir limpias siendo tan grosera su ocupación! Cuarto de baño, tocador, son frases cuya significación desconocen. ¡Si en su casa no hay ni palangana siquiera! Además no todas las cargueras tienen familia con quien *vivir*. Muchas carecen de domicilio. Comen donde y lo que pueden. Dormir... Allá en un tugurio de los barrios altos, por un real las dejan pasar la noche á cubierto de la intemperie. Un destartalado tablero y un jergón de *caloca* es la cama para dos, tres ó más personas. ¿Ropas? Se acuestan vestidas.

.....

Hace años pregunté al patrón de una de esas gabarras que las mujeres arrastran, el por qué de no utilizar caballerías para la sirga.

—Nos resultaría caro—fué su contestación.

J. BAUTISTA MERCADAL.

CUENTO

ERA una de esas mañanas de mayo que, llevando sus hermosuras al alma, dan ganas de jugar á quién más bueno.

Los campos estaban á todo reir. Se desperpetaban de buen humor, pasado el mal rato de las postreras escarchas verdugas. Los esqueletos de las selvas se animaban, y sus hojas nuevas, entrechocándose, aprendían del viento el lenguaje rumoroso de sus mayores, las viejas hojas que aún corrían muertas por el suelo.

Un arroyo bajaba saltando de alegría por la montaña, y ya en el valle se daba majestad de río. Y los lirios y angélicas de junto á la orilla, y los alisos, los álamos y otros grandullones se inclinaban sobre él interrogándole: «¿Qué has visto desde lo alto?» Pero el fachendoso arroyo parábase en los remansos como para responder, describía coquetones remolinos y apretaba luego el paso, respondiendo al brincar por entre rocas, con secas carcajadas.

* *

Pues en aquella misma mañana, y sobre aquellos mismos campos llenos de esperanza, cientos de pajarillos estuvieron canta que te canta, echando muy largos discursos de amor por sus picos.

Pero—¡qué pena!—á la tarde enmudecieron, cuando faltaban pocas horas para que entonasen un solemne adiós al luminar del mundo, el que sobre las crestas ponentiscas suele encender, al marcharse, fógatas colosales. Enmudecieron, y se posaron medrosos en lo más alto de los árboles más altos.

Vieron que venían á miles los hombres, esos seres impertinentes, unos por un lado, otros por el opuesto.

Vieron que dos siniestras banderas, una enfrente de otra, flameaban.

Vieron humo, y el suelo ardiendo; y oyeron espantosos reventones, y una extraña gritería bajo el humo...

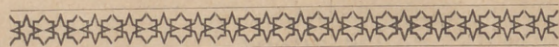
Vieron esto y mucho más, pero nada comprendieron. ¡Y cómo habían de comprender que los hombres se destripasen por las banderas!

Allí no se podía estar; ni se abría el pico á gusto, ni se olía á flores como antes: y luego, ¡quién aguantaba aquel ruido y aquel humo!...

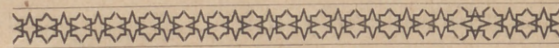
Así es que los pajarillos, elevándose por encima de los gritos y ayes de rencor y de agonia que interrumpieron sus cantos de ternura, se fueron murmurando por lo bajo:

«¿Pero qué les pasará hoy á esos animales de hombres?»

Tomás Meabe.



No hay cosa más veloz que la calumnia; nada que se nos escape más fácilmente, nada que se acepte mejor, y nada que se extienda más sobre la faz de la tierra.—CICERÓN.



LIBERTAD

CONTENTAOS con la Naturaleza y sed salvajes. Olaiti, por ejemplo, es un paraíso. Solamente que en ese paraíso no se piensa, y más valdría un infierno inteligente que un paraíso bestia.

Pero no; no estamos en esa alternativa; seamos la sociedad superior á la Naturaleza. Sí, porque si nada añadís á la Naturaleza, ¿á qué salir de ella? Contentaos con el trabajo como la hormiga, ó con la miel como la abeja; quedaos en la condición de bestias en vez de elevaros á

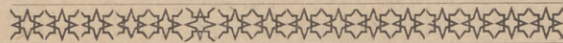
la inteligencia reina. Si añadís algo á la Naturaleza sereis necesariamente más grandes que ella; añadir es aumentar; el crecer, engrandecerse.

La sociedad es la Naturaleza sublimada. Yo quiero todo lo que no tienen las colmenas ni los hormigueros; los monumentos, las artes, la poesía, los héroes, los genios. Elevar pesos eternamente no es la ley del hombre. No, no; no más parias, no más forzados, no más condenados.

Quiero que cada uno de los atributos de hombre sea un signo de civilización y un símbolo de progreso; quiero la libertad ante el espíritu, la igualdad ante el corazón, la fraternidad ante el alma.

No, no más yugos; el hombre ha sido creado, no para arrastrar cadenas, sino para desplegar alas. No quiero más hombres reptiles; quiero la transfiguración de la larva en lepidóptero; quiero que el gusano se transforme en flor y que viva y remonte su vuelo...

Victor Hugo.



MEMENTO

En un Album.

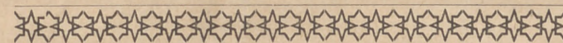
Quando oigas los festivos carnavales atronando la calle con su ruido, nunca, oh lectora, dejes en olvido que hay quien se muere en tristes hospitales.

Quando acudas á alegres festivos, antes de entrar al baile divertido mira hacia atrás, y apenará á tu oído la miseria que llora en los portales.

Quando amor, como sol de luz intensa preste sus rayos á tus ojos bellos, piensa que no hay amor para el cuitado.

Y cuando estés ante el espejo, piensa que una perla arrancada á tus cabellos puede salvar de muerte á un desgraciado.

Lorenzo Stecchetti.

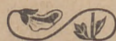


Á LA JUVENTUD

OH juventud, juventud! Sueña en la gran obra que te espera, yo te lo suplico, tú eres el obrero futuro que has de echar los cimientos del siglo próximo, que sin duda viene llamado á resolver los problemas de verdad y de igualdad planteados por el siglo que acaba; nosotros los viejos, los mayores, te dejamos el formidable montón de investigaciones, muchas contradicciones y obscuridades tal vez, pero seguramente el esfuerzo más apasionado que siglo alguno ha hecho hacia la luz, los documentos más verídicos y el más sólido fundamento de este vasto edificio de la ciencia que tú debes seguir edificando para tu honor y tu felicidad.

Sólo te pedimos que seas más generosa, más libre de tu espíritu, que nos sobrepuses por tu amor á la vida normalmente vívida, por tu esfuerzo puesto por entero en el trabajo, esta fecundidad de los hombres y de la tierra, que sabrá hacer crecer al fin la desbordante cosecha de alegrías bajo el sol espléndido. Nosotros te cederemos fraternalmente el sitio; felices de desaparecer y descansar, nuestra parte de labor cumplida, en el reposo de la muerte, y sabemos que tú continúas nuestra obra y que realizas nuestros ensueños.

Emilio Zola.



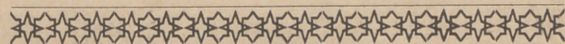
LA PROPIEDAD

PARA ser gran propietario, es decir, para vivir independiente, de renta y seguro, son necesarios por lo menos mil francos de capital.

Ahora bien; para ahorrar cien mil francos, un trabajador que tuviera la suerte de economizar cien francos al año, debería trabajar... mil años.

Y dicen que la propiedad es el fruto del trabajo.

II Seme.



«Lo mio y lo tuyo. Estas frías palabras, origen de innumerables guerras, no existían en la Iglesia de Jerusalem. Los pobres no envidiaban á los ricos, porque no había ricos; los ricos no despreciaban á los pobres, porque no había pobres. Todo era común. No pasaban, entonces las cosas como ahora. Hoy el que posee bienes da algo á los pobres; entonces los fieles renunciaban á sus posesiones, las llevaban á la comunidad y las confundían, hasta tal punto, que era imposible reconocer cuáles habían sido ricos.»—SAN JUAN CRISÓSTOMO.—Homil in dictum Pauli; Oportet haereses esse (t. 3, p. 243, A. B. C.)



Roberto Owen

(1771-1858)

EMILIO Vandervelde publica en *Le Peuple*, de Bruselas, una acertada crítica sobre el nuevo libro de Eduardo Dolléans acerca de uno de los tres principales representantes del llamado socialismo utópico, Roberto Owen, el hombre de genio que fué á la vez el iniciador teórico de la cooperación en Inglaterra, el padre de la legislación protectora del trabajo y el precursor del comunismo científico.

No podemos resistir al deseo de publicar un extracto de la mencionada crítica.

* *

Nos falta espacio, desgraciadamente, para describir con algún detalle las principales fases de una existencia consagrada, durante más de sesenta años, á los trabajos más variados, á las más atrevidas experiencias, á las meditaciones más fecundas.

Owen es primero, de 1800 á 1819, un paciente y feliz esfuerzo por mejorar las condiciones de existencia del personal obrero de su fábrica de *New-Lanark*. Crea casas obreras; funda, para impedir la explotación de los trabajadores por los tenderos un gran almacén que ofrece á precio de costo, mercancías de primera calidad; establece, á pesar de la oposición del cura de la parroquia, escuelas modelo «para la formación del carácter», que atrajeron muy pronto numerosos visitantes; reemplaza las multas por el «admonitor silencioso»; reduce, en fin, considerablemente la duración del trabajo cotidiano, y por vez primera, demuestra, por la misma prosperidad de su fábrica, que el interés bien entendido de los patronos les exige no apurar la fuerza de trabajo de sus obreros.

Pero al poco, este filantropismo patronal aparéciese como un remedio insuficiente á los males de toda especie que resultaban de la revolución industrial y, después de haber publicado en 1813 su primera obra teórica, *Ensayo sobre la formación del carácter*, Roberto Owen, entabla una vigorosísima campaña en favor de la reglamentación legal del trabajo de los niños, que daba lugar, sobre todo en la industria textil, á los más espantosos abusos; en

todos los distritos manufactureros se empleaban niños de cuatro á cinco años; en Stockport, donde Owen había realizado una investigación personal, cita hasta el caso de un niño de tres años! Estas criaturillas se ocupaban en recoger del suelo los desechos de algodón y en introducirse bajo las máquinas. Trabajaban tan largo tiempo como los adultos, es decir, catorce y quince horas.

Inútil es decir que las proposiciones de Owen tendiendo á fijar en diez años la edad de admisión en las fábricas y en diez horas y media la duración del trabajo de los niños de diez á diez y ocho años, chocaron con una encarnizada oposición de parte de los jefes de industria, y es curioso encontrar, á noventa años de distancia, en boca de los capitalistas de entonces, todos los argumentos que nuestros manchesterianos invocan hoy contra el reposo semanal: «La reglamentación del trabajo — se decía — no es solamente un ataque á la libertad patronal sino también á los derechos de los padres sobre sus hijos; reducirá la familia obrera á la miseria; además hará de los niños unos perezosos, futuros criminales; en fin, es contraria á los intereses de la industria, incapaz de soportar, en la concurrencia internacional, los cargos nuevos que resultarán de ella.

Todo esto no impidió al Parlamento votar una ley, aunque muy incompleta, y á los capitalistas ingleses prosperar tan bonitamente bajo el régimen de la protección legal como bajo el régimen del *dejar hacer* absoluto.

El bill de 1819, fijando la edad de admisión en nueve años y la duración del trabajo infantil en doce horas, es, á la vez, una fecha importante de la historia de la legislación obrera y un punto cambiante en la carrera de su iniciador.

A partir de esta época, en efecto, las preocupaciones de Owen se ensanchan. Proclama, en grandes reuniones públicas su independencia respecto á las religiones positivas, su resolución inquebrantable de denunciar las *potencias de las tinieblas*, es decir «las religiones de mil formas y la clerigalla que mantienen el alma humana en el error y encadenan al hombre á un sistema de sociedad artificial». Ya no se limita á reclamar leyes protectoras del trabajo, á preconizar reformas en la organización lamentablemente defectuosa de la asistencia pública: es la sociedad misma la que hace falta reformar, transformar, revolucionar de arriba abajo por la sustitución de un comunismo semi-agrario, semi-industrial, á la organización existente del trabajo; para llegar á este resultado no era necesario la intervención del Estado; la iniciativa de algunos, el éxito de las primeras comunidades podía bastar: «no se formará una sola de estas asociaciones sin que inspire á la sociedad el deseo de formar otras; se

multiplicarán rápidamente. El carácter, la conducta de los individuos formados según el nuevo sistema serán muy pronto la prueba viva de la superioridad de este nuevo estado de cosas sobre el estado de cosas antiguo, y la vieja sociedad no ha de tardar en desaparecer».

Es sabido que obedeciendo á la inclinación irresistible, bien conforme al genio inglés, de experimentar inmediatamente sus concepciones teóricas, Owen fundó en América desde 1824 una de estas asociaciones comunistas, la célebre *New Harmony*. Se sabe también que mal reclutada, sufriendo, como sucede siempre, la disolvente influencia del medio capitalista, se dispersó esta colonia al cabo de pocos años, después de que tal experiencia hubo costado á Owen más de doscientos mil dollars.

Otros, sin duda, hubieranse desalentado. A Owen, al contrario, le vemos en seguida formular nuevos planes, suscitar nuevas iniciativas. Escribe su principal obra: *El Libro del Nuevo Mundo moral*; publica innumerables folletos, discursos y conferencias; crea su famoso *Equitable labour Exchange*; anima con todas sus fuerzas la fundación de las primeras cooperativas de consumo; participa en 1834, en la organización grandiosa, pero efímera de la «Gran Unión nacional consolidada de los oficios».

En una palabra, no hay un movimiento social, una gran dirección del pensamiento socialista contemporáneo que Roberto Owen no haya marcado con su sello y cuyo triunfo no haya preparado, sin conocer jamás la desilusión y el abatimiento.

Así, cuando ya de ochenta y ocho años de edad,

se aproximó á su cabecera de moribundo un ministro protestante y le preguntó «si no lamentaba su vida, locamente gastada en proyectos infructuosos y en esfuerzos vanos».

—«No, señor—respondió el gran Owen—mi vida no ha sido inútil. Yo he proclamado verdades importantes, y si el mundo no ha querido acogerlas, es que no las ha comprendido. ¿Puedo yo vituperarla por ello? Me he adelantado á mi tiempo.»

Para juzgar hasta qué punto tenía razón, léase el excelente opúsculo de Dolléans.

REFLEXIONES

Es preciso que la madre inculque á tiempo á sus hijos la idea de que las armas, un sable, un fusil, un cañón, son instrumentos que debemos mirar con la misma repugnancia con que miramos los instrumentos de tortura empleados hace algunos siglos.

Cuando ya no se vean millares de papantitas asistiendo á las revistas militares, cuando en lugar de la admiración á títulos y charreteras, hayais habituado al niño á decir: «un uniforme es una librea, y toda librea es ignominiosa, la del cura y la del soldado, la del magistrado y la del lacayo», entonces habréis hecho dar un paso adelante á la opinión.

Yo quisiera un Voltaire que se ocupase du-



CONTRASTE

rante cincuenta años en ridiculizar á los reyes, á las guerras y á los ejércitos. A falta de un genio yo quisiera millares de hombres de buena voluntad trabajando por estirpar estos vanos prejuicios de gloria y patriotismo anclados aún en nuestros espíritus.

F. Buisson.

¡Ay del hombre que no tiene un fondo de candor y confianza, por más que le deban engañar!
—STERNE.

CONCURSO DE CUENTOS

INFORME DEL JURADO

A la Comisión del Concurso de Cuentos:

Cumpliendo la misión que nos confiasteis, hemos examinado los trabajos presentados al concurso, resolviendo adjudicar el primer premio al cuento que lleva por lema «Amor es vida», y el segundo al trabajo titulado «Chist», cuyos autores han resultado ser Juan A. Meliá y Alvaro Ortiz, de las Agrupaciones Socialistas de Madrid y Bilbao.

El tercero se le hemos adjudicado al cuento «Profesión de fe». Sus dimensiones quizá sean algo mayores á las fijadas en las condiciones del concurso, pero nos ha parecido que esa mayor extensión podía dispensarse en atención al mérito del trabajo. Es autor de él J. Urra, de la Agrupación Socialista de Erandio.

Os saludan:

JUAN PÉREZ.—TORIBIO PASCUAL.—JUAN B. MERCADAL.

Bilbao 27 de Abril de 1905.

*
*
*

SIMBÓLICO

OTOÑO

Por fatigoso camino marchaban con lentitud dos extraños seres: tenía el uno grande y hermosa cabeza, ojos de mirada profunda y serena; ostentaba el otro magnífica constitución física, figura de atleta.

Eran la Inteligencia y el Músculo.

Ayudábanse en su camino: cuando algún obstáculo se lo interrumpía, la Inteligencia aconsejaba y el Músculo llevaba á la práctica lo conveniente.

¿Adónde iban?

A lo desconocido, á una tierra cuya existencia sospechaban, en la que trabajando alcanzarían la dicha.

Y caminaban de continuo.

Amaneció un día triste de nubes. El horizonte, de color de pizarra, parecía más próximo que otras veces. Las plantas, estremecidas por un vientecillo glacial, temblaban en la llanura. Las montañas se esfumaban á lo lejos, sombrías y solemnes. Los pájaros picoteaban el suelo sin piar: sólo el águila, en las alturas, describía con su vuelo círculos extensísimos.

El ambiente era triste. La Inteligencia y el Músculo, abatidos por la influencia del medio, se consultaron acerca de si reanudarían su expedición.

—Sigamos—dijo el Músculo—; la quietud es la muerte.

Y rompieron la marcha silenciosos, mirando al horizonte.

Llegaron á orillas de una ancha corriente de agua y se detuvieron. Al otro lado veíanse hermosas tierras vírgenes.

—Seguimos el curso de la corriente ó la vadeamos?—preguntó el Músculo.

—Vadeémosla—respondió la Inteligencia.

Cruzaron el río y se internaron en el bosque.

—Será éste el fin de nuestra peregrinación?—interrogó el Músculo.

—Quién sabe!—murmuró levemente la Inteligencia.

Anduvieron todo el día y cuando entre una rasgadura de las nubes se mostraba el sol poniente manchando con tintes rojos la atmósfera, se detuvieron admirados ante un monumento estupendo. Vieron una inmensa roca horadada, con una gran puerta de barrotes de hierro.

Mirando aquella maravilla estaban cuando surgieron del interior de ella dos bizarros individuos. Sus atavíos eran curiosos: vestía uno larga bata negra que arrastraba, y lucía otro un extravagante traje con todos los colores más llamativos; aquél llevaba colgados del cuello y de la cintura extraños amuletos; éste esgrimía sin cesar una acerada y cortante arma.

El de vestido negro tenía mirada sagaz, rasgos fisonómicos de malicia y de hipocresía. El otro gozaba de un aspecto sencillamente bestial.

La Inteligencia y el Músculo se estremecieron ante tan desagradable compañía.

—Quiénes sois?—preguntó el de hábito negro.

—Somos la inteligencia y el Músculo que caminamos hacia la felicidad.

Acaso sea éste el país que buscáis—objetó el obscuro personaje. Y en sus ojos brilló un relámpago de astucia.

—Y vosotros, ¿quiénes sois?—interrogó á su vez la Inteligencia.

—Para responderte es preciso decir qué país es éste. Escucha: estas tierras tienen una extensión grandísima: en ellas existen árboles de frutos muy sabrosos y animales de carnes jugosísimas. La belleza y la armonía del bosque recrean nuestros sentidos estéticos; los productos de la tierra satisfacen nuestras necesidades corporales: aquí reina la verdadera dicha. Pero esto tiene un dueño, que es el Gran Parásito. Él manda sobre nosotros; mi compañero está encargado de su defensa y yo de distraerle con cosas curiosas y raras: le explico cómo hay otra vida y que existe un sér sobrenatural que rige el Universo. Y al referirle historias inacabables le halago su amor propio y su orgullo y consigo que me haga partícipe de sus goces.

—¿Y os llamáis...?—preguntó la Inteligencia.

—Yo Marciano—dijo el defensor del Gran Parásito.

—Yo Religio—respondió el del hábito negro. Y añadió con tono meloso é hipócrita:—Debéis quedar aquí. No os faltará nada. Con poco trabajo tendréis satisfecho al señor.

La Inteligencia y el Músculo aceptaron al amo.

INVIERNO

¡Qué tristeza sentía en su alma el Músculo! La Inteligencia, traidora, le había olvidado. Le abandonaba por gozar las migajas de felicidad que le arrojaba el señor. ¡Cruel engaño!

Desde que aceptó como amo al Gran Parásito había terminado su libertad, su alegría... Tenía que cazar, recoger los frutos, preparar los banquetes del señor y de los parásitos menores, levantar palacios para todos...

Religio trataba de embrutecer su entendimiento con ridiculeces; Marciano le amenazaba de muerte si pensaba en evadirse; la Inteligencia ¡infiel! sólo procuraba el bienestar del señor... Había inventado armas que al punto se volvían contra el Músculo, había creado instrumentos para que éste trabajase más y mejor, había olvidado á su compañero inseparable, á su propio complemento. Y todo por sentarse á la mesa con el Gran Parásito.

El frío había helado el corazón de la Inteligencia.

Era una noche negra, sin luna; los astros temblaban en el infinito, con parpadeo glacial. Era un frío seco el que congelando las aguas las hacía sonar con chasquidos de hielo que se quiebra. En su camastro, el Músculo lloraba sintiendo el frío que le penetraba en el alma...

PRIMAVERA

Voluptuosa brisa acompañaba al amanecer; á su amable roce, inclinábanse los tallos débiles y titilaban las hojas, dejando caer gotas de rocío como lágrimas de placer. Elevándose magnífico, el sol lanzaba rápidos sus destellos que iluminaban las quebradas profundidades del abismo ó pugnaban por entrar hasta el fondo en el cáliz de las flores.

La tierra, palpitante bajo la caricia ardorosa del sol, giraba lentamente, para verse bañada en su luz.

Al pie de un roble descansaba el Músculo de su trabajo matutino: ante él se encontraba la Inteligencia como turbada: era que él la estaba reprochando. Hacía rato guardaban silencio. Vagamente al principio, con fijeza después, miraron ambos una amapola que se erguía gallarda. Viéronla retorcerse, como agitada por súbito huracán y elevarse, elevarse; luego se agrandaron inmensamente sus hojas, abriéronse como manto de escarlata y de entre ellas surgió una figura blanca, diáfana, ideal, que avanzó hacia ellos con sonrisa hechicera. Tomóles de la mano y así les habló:

—Yo soy la Idea, que surge después de un invierno de sufrimientos, en plena primavera, con el germinar del reino de las plantas. Quiero que en vuestros pechos reviva el amor, que seáis lo que debéis ser: los eternos aliados de la vida. Que la Inteligencia y el Músculo sean los únicos dueños de la tierra, los que vivan, porque son los únicos que tienen derecho á vivir.

Y aproximándolos les hizo abrazarse y los envolvió en una vaporosa nube de ternura.

Una blanquísima cigüeña cruzó los aires lanzando un grito de triunfo.

ESTÍO

El campo, inundado de luz, respiraba abundancia; las cepas, queriendo ocultar sus racimos, extendían anchas hojas; los árboles dejaban caer perezosos sus brazos plétóricos de frutos; la madre tierra guarbaba en sus entrañas el calor que la fecundaba.

Con los brazos extendidos sobre los hombros del Músculo, la Inteligencia ponía su cara junto á la de su compañero: ambos admiraban tanta abundancia y respiraban con deleite aquel ambiente de vida.

Por su imaginación cruzaron las sombras de sus antiguos tiranos; pero éstos habían desaparecido por el simple acuerdo de los dos, y su repugnante recuerdo fué borrado para siempre.

El Músculo y la Inteligencia, dueños del Universo, invadidos por el amor, miraron con fuego al fruto de su unión: una encantadora criatura llamada Felicidad.

Juan A. Meliá.

(Primer premio.)

Lema: *Amor es vida.*

AGRUPACIÓN SOCIALISTA DE BILBAO

Habiendo acordado esta Agrupación asistir á la procesión cívica del 2 de Mayo, se ruega á todos los afiliados que deseen concurrir á la misma, acudan al Centro Obrero, el mismo día, á las nueve de la mañana, para ir en manifestación al Ayuntamiento.